LA ECONOMÍA POLÍTICA DEL CAPITALISMO DIGITAL EN ESPAÑA

INSTITUTO 25M DEMOCRACIA

LA ECONOMÍA DIGITAL, UN TERRENO EN DISPUTA

Si una palabra ha sido tergiversada en los últimos años para ocultar su significado verdadero, esta es "economía digital."[1] Mediante toda una retahíla de informes vulgares, junto a *think tanks* y centros de pensamiento *mainstream,* han enmarcado el revolucionamiento de los medios de producción como un suceso carente de ideología. En otras palabras: la transformación digital emerge como la última expresión de aquello que Antonio Gramsci denominaba "revolución pasiva." Ello puede verse en la plétora de foros -desde el de Davos hasta el South Summit, organizado en Madrid- diseñados por expertos en relaciones públicas para crear un discurso idealista sobre la digitalización vaciado de todo componente político.[2] De este modo, las élites *new age* han conseguido trasladar la idea de que el capitalismo *cool,* a la última moda, que representa Silicon Valley es la mejor forma de organizar sociedades tan avanzadas. Por ese mismo motivo, de acuerdo a esta ideología, las tecnologías digitales no deben estar sometidas a ninguna suerte de conflicto o lucha.[3]

Hasta el momento, este constituye uno de los mayores experimentos sociales orquestados por la clase dominante para ensayar una salida a la crisis global de legitimidad, pero también de acumulación, en la que se encuentra desde 2007. Básicamente, la premisa principal de esta ideología se asienta en que las contradicciones estructurales de la economía global se pueden solucionar con más aplicaciones y plataformas, capaces de extender los mercados hacia cada vez más áreas de la vida.[4] La conclusión a la que han llegado llas élites económicas es precisamente esa: no es que el sector financiero estuviera extremadamente desregulado, sino que no había suficientes algoritmos para conectar a las personas mediante el sistema de precios.[5] De esta forma han ido convergiendo la financiarización y la industria tecnológica para cancelar toda imaginación política alternativa.

Dado que las siguientes líneas se proponen precisamente eso, dibujar las líneas de fuga del sistema y dilucidar las alternativas de manera sobria, una de las cuestiones más complejas a la hora de someter a diagnóstico el estado del capitalismo digital es la dificultad para delimitar sus características: ¿dónde empieza? ¿dónde termina? En primer lugar, huelga señalar que el conjunto de actividades que componen la división del trabajo tiene lugar en una fábrica digital y que las cadenas productivas globales se erigen hoy en día sobre infraestructuras tecnológicas.[6] Ahora bien, las lógicas predatorias, o de desposesión de los bienes comunes, así como los mecanismos para producir plusvalía que caracterizan al sistema capitalista no han cambiado un sólo ápice. Cambian las formas y las herramientas pero el metabolismo capitalista, la búsqueda del beneficio a través del mercado, permanece.

En este sentido, podemos hacer referencia a la extracción masiva de recursos minerales para la fabricación de cables, chips u otros componentes llevada a cabo por mano de obra infantil o semi esclava en África. También a la fabricación de *smartphones* en el sudeste asiático, o a los centros automatizados de ensamble logístico que pueden encontrarse en ciudades como Madrid, Barcelona o Bilbao. Sin olvidar a los repartidores presentes en las

1 Jonathan Pace, "The concept of digital capitalism," Communication Theory 28, no. 3 (2018): 254-269.
2 Adrian Daub, What Tech Calls Thinking: An Inquiry into the Intellectual Bedrock of Silicon Valley, (Logic, 2020),
https://logicmag.io/what-tech-calls-thinking/
3 Evgeny Morozov, To save everything, click here: The folly of technological solutionism, (New York: PublicAffairs, 2013).
4 Nick Couldry and Ulises A. Mejias, The costs of connection: How data is colonizing human life and appropriating it for capitalism, (Redwood, CA: Stanford University Press, 2019).
5 Leigh Phillips and Michal Rozworski, The People's Republic of Wal-Mart: How the World's Biggest Corporations Are Laying the Foundation for Socialism, (Brooklyn, NY: Verso, 2019).
6 Jean-Christophe Plantin and Aswin Punathambekar, "Digital media infrastructures: pipes, platforms, and politics," Media, Culture & Society 41, no. 2 (2019): 163-174; Jathan Sadowski, "The internet of landlords: Digital platforms and new mechanisms of rentier capitalism," Antipode 52, no. 2 (2020): 562-580.

calles de buena parte del planeta entregando paquetes a demanda[7] y a menudo bajo la figura de falsos autónomos. Dicho entramado de relaciones laborales llega hasta el diseño y la programación de software, en la mayoría de casos gracias a trabajadores *freelance* del sur de Europa; industrias adyacentes en condiciones laborales altamente precarias, como los denominados *call centers* -en los que puede encontrarse a las mujeres del sur Global precarizadas y que apenas ahora están empezando a mejorar gracias a las presiones-; e incluso algunas otras industrias antaño consideradas creativas y prestigiosas, como la de los medios, en la actualidad constituido por enjambres de periodistas que producen multitud de piezas bajo enorme presión para alimentar al algoritmo, algo que los más cínicos han denominado, en estos tiempos de eufemismos "creación de contenidos."[8] Fuera de toda nebulosa sobre el ámbito del intercambio, una mirada hacia las aguas subterráneas de la producción nos llevaría a la conclusión de que este ejercicio significa indexar a Google.

Como vemos, la existencia de clases, con todas sus difuminadas fronteras en el siglo XXI, y sujeta a esa línea abismal entre el Norte y el Sur que señala Boaventura de Sousa Santos, sigue teniendo lugar en el mundo digital. Si hay capitalismo, nunca puede desaparecer el un conflicto entre capital y trabajo. Y no sólo es un conflicto de clase, pues también existen otras desigualdades, como las de raza o género, que parecen desaparecer en los ideales discursos sobre el mundo virtual. Con todo ello, parece evidente señalar que el capitalismo digital se cimenta sobre un descomunal ejército de reserva industrial mundial, y que depende de una enorme fuente de masa de trabajo para alcanzar con éxito la nueva fase de acumulación capitalista.[9] ¿No son mujeres con un salario de dos euros la hora quienes entrenan a los modelos de inteligencia artificial que después son presentados en los informes de las consultoras privadas como el estadio más elevado del progreso humano? No es verdad que el desarrollo tecnológico, la innovación –y el resultado de la robotización- como fuente de beneficio anule el capitalismo. En esos análisis suelen desaparecer del radar las personas, algo que se agrava en los estudios sobre tecnología.

Existen razones fundadas suficientes como para añadir a este esquema básico de explotación el polo opuesto del mercado, el consumo, debido al trabajo cognitivo no remunerado de los usuarios -frecuente e inconscientemente presentado con el disfraz del ocio-, que produce un manantial constante de datos, otra de las materias primas que las firmas tecnológicas extraen a gran escala.[10] Una pata que, además, se constituye gracias a una masa de consumidores acríticos que concibe el cambio tecnológico como un fenómeno natural y enteramente positivo debido a la estrecha relación de necesidad que han forjado con las plataformas.

Por un lado, muchas personas entienden las tecnologías como una forma de ahorrar costes en un momento de caída de los ingresos, destrucción de los ahorros o falta de medios de subsistencia, fomentando así el paradigma neoliberal del consumidor soberano. 11 Por otro, y debido a estos mismos motivos, se consolidan como pequeños inversores individuales o emprendedores que acceden al crédito gracias a los últimos desarrollos de las tecnologías financieras, principalmente espoleados por entidades bancarias responsables de la última recesión. Cuando hablan de cruzar los datos de las redes sociales o de otras aplicaciones para ofrecer microcréditos de todo tipo, hemos de saber que se refieren al endeudamiento

7 Christian Fuchs, Digital Labour and Karl Marx, (London: Routledge, 2014).
8 David Chandler and Christian Fuchs, Digital objects, digital subjects: Interdisciplinary perspectives on capitalism, labour and politics in the age of big data, (London: University of Westminster Press, 2019).
9 Mark Graham, Isis Hjorth, and Vili Lehdonvirta,"Digital labour and development: impacts of global digital labour platforms and the gig economy on worker livelihoods." Transfer: European Review of Labour and Research 23, no. 2 (2017): 135-162.
10 Julie E. Cohen, Between truth and power: The legal constructions of informational capitalism, (New York: Oxford University Press, 2019).
11 Daniel Rueda Garrido, "Deaths of the subject and negated subjectivity in the era of neoliberal capitalism." tripleC: Communication, Capitalism & Critique 17, no. 1 (2019): 159-184.

por otros medios. Estas lógicas contradictorias, u orwellianas, pueden verse en cada una de las industrias, especialmente en la energética, siendo las empresas más contaminantes del planeta los primeros clientes de plataformas de *cloud computing* que hacen más eficiente la emisión de gases o combustibles hacia la atmósfera.[12]

En suma, el actual régimen de producción, gracias a un uso intensivo de tecnologías de procesamiento de cantidades enormes de datos -algoritmos, *machine learning* e inteligencia artificial, entre otro, permite la extracción, el procesamiento, la explotación y la monetización eficiente de estos recursos, lo que ha dado lugar a la cada vez más consolidada creación de plataformas, infraestructuras punteras y estándares como el 5G. El motivo es sencillo: el sistema necesita asentar su base material en torno a poderosas redes sobre las que levantar tecnologías y servicios digitales de todo tipo (*smart cities*, internet de las cosas, coches autónomos…) a fin de consolidar su recuperación en un momento de enorme crisis. Esto es, fuera del lenguaje de los hombres de feria, una infraestructura tecnológica que permita el intercambio de mercancías de manera rápida en todos los lugares del mundo.

El capitalismo debe hacerse más veloz, más líquido, más omnipresente… a fin de evitar un nuevo colapso. Una de las consecuencias de este cambio epistémico es la transmutación hacia un modo de producción que, se espera, pueda superar la última crisis económica y recuperar las tasas de ganancias de las empresas gracias a la dopamina digital. Esta es una esperanza bastante utópica, dado que no hay ninguna muestra de crecimiento en la economía digital, al margen de las enormes ganancias que reportan las empresas de Silicon Valley a sus accionistas debido a su posición en el mercado de valores. La cultura del entretenimiento, en sociedades saturadas audiovisualmente, hacen el resto, al interiorizar cada vez más la afirmación de Frederic Jameson de que es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo.

LAS CARTAS DE LOS JUGADORES: EEUU, CHINA Y LA UNIÓN EUROPEA

No son pocos los actores que quieren estar al frente de un cambio en el tablero internacional similar al de la Guerra Fría o incluso al mundo nacido de Westphalia en el siglo XVII. Por eso, un análisis completo de este fenómeno requiere soslayar la enorme complejidad de conectar la tecnología con otros cambios tectónicos a nivel global. Ninguna de las consideraciones arriba expuestas nos exime de señalar que otra de las grandes incógnitas del capitalismo digital reside en su falta de homogeneidad, en su adaptación diversa al entorno internacional, así como al transcurso del tiempo y a las perturbaciones sistémicas.[13]

Del mismo modo que no hay una sola forma de aplicar el capitalismo digital, la posición que cada país ocupa en la economía global y el peso que tiene la financiarización, entendida esta como una introducción de los mercados financieros hacia cada vez más esferas de la vida humana, influye en los márgenes de maniobra existentes para cada caso. Estados-nación y regiones tan dispares como China, Rusia, Europa, Estados Unidos, Brasil o el mundo árabe comparten un mismo régimen de explotación capitalista, pero formas diferentes de comprender la política, el Estado, la democracia, la sociedad o leyes como la libertad de expresión, por poner algunos ejemplos. Al mismo tiempo, las recurrentes crisis del sistema capitalista han colocado en un lugar privilegiado del desarrollo tecnológico a determinados nuevos actores institucionales, como son los fondos soberanos, las grandes gestoras de activos, bancos y fondos de inversión, etc., que constituyen un poder reticular

12 Oil in the Cloud: How Tech Companies are Helping Big Oil Profit from Climate Destruction, Report Greenpeace, 2019),

13 Jakob Linaa Jensen, The Medieval Internet: Power, politics and participation in the digital age. (Bingley: Emerald Group Publishing, 2020).

e irónicamente internacionalista a la búsqueda de la rentabilidad prometida por las empresas tecnológicas que comienzan a conquistar los mercados globales de casi todo, desde transporte y automovilismo, hasta energía e inmobiliario, pasando por sanitario y educativo.[14] Al tiempo, no se han desarrollado formas alternativas en esta nueva fase capitalista a la altura de las respuestas que se articularon durante el siglo XX cuando el capitalismo tenía lugar en los Estados nacionales.

A los factores citados debe añadirse las recientes pugnas geopolíticas que surgen en el proceso de competencia entre firmas por el control del ciberespacio -en un contexto mundial de progresivo regreso a doctrinas mercantilistas- y también aquellos que tienen lugar entre los propios Estados. Ello ha configurado una miríada de modelos de capitalismo digital con características distintas y particulares concepciones de la hegemonía.[15] De acuerdo al *prisionero de Bari (cárcel donde estaba encerrado Antonio Gramsci)*, una relación entre Estados en cuya esencia se encuentra ejercer el poder en la forma de subyugación sobre sus vecinos. Esto es, una forma de dominación que se ha hecho legítima de facto. Desde sus inicios, el capitalismo digital y la estrategia imperialista de Estados Unidos han mantenido una enriquecedora relación simbiótica.[16] Primero, con la liberalización y privatización de las infraestructuras básicas de telecomunicación a manos de Ronald Reagan, Bill Clinton, el ahora ambientalista Al Gore -padre del término "autopistas de la información"- y una pléyade de consejeros que, al mismo tiempo, derogaron las últimas leyes restrictivas sobre el libre flujo de datos para beneficiar a Wall Street y Hollywood.

Posteriormente, después del primer "big bang" tecnológico-financiero, la llegada del presidente George Bush a la Casa Blanca significó otro salto cualitativo con la expansión de un capitalismo que encontraba en la vigilancia una forma de supresión de la disidencia, ejemplificado en la frecuente confusión entre las funciones de los servicios de inteligencia americanos y los servicios de computación en la nube de grandes compañías como Amazon Web Service, Microsoft Azure u Oracle. El imperialismo liberal norteamericano ha logrado llegar a nuestros días gracias a lo que profetas como Robert Keohane y Joseph Nye denominan el *soft power* aparentemente pacífico de Silicon Valley.[17] En cierto modo, resulta más sencillo y menos costoso abrir los mercados extranjeros facilitando la conexión de millones de consumidores a Internet que a través de medios más coercitivos como los militares. En muchos casos gracias a la puerta giratoria entre el Despacho Oval y California, las firmas tecnológicas han desarrollado complementariamente la narrativa política electoral-progresista del presidente Barack Obama, centrada en el cambio climático o el respeto a las minorías, contribuyendo a presentar el proyecto de Estados Unidos como una fuerza de modernización cuyo intereses son universales.[18]

A su vez, todo ello ha dado lugar a la consolidación de una ideología "solucionista", la cual presenta la tecnología, de manera en abstracta y en un vacío político y sociológico, como alternativa a cualquier otro tipo de intervención política, social o económica. Ciertamente, esta ideología politiza la tecnología de una manera que no mancha, no deja marca, pero la incrusta en las lógicas más autoritarias del capitalismo para mantener este sistema con vida, al menos hasta que el calentamiento global consuma los recursos del planeta. Gracias a los centros de datos estadounidenses, y de manera complementaria al sinfín de bases militares distribuidas por el mundo, Washington aún se mantiene como principal

14 Giuseppe Fontana, Christos Pitelis, and Jochen Runde. "Financialisation and the new capitalism?," Cambridge Journal of Economics 43, no. 4 (2019): 799–804.
15 Michael Keane and H. Q. Yu. "A digital empire in the making: China's outbound digital platforms." International Journal of Communication 13, no. 20 (2019): 4624-4641.
16 Yasha Levine, Surveillance valley: The secret military history of the Internet, (New York:PublicAffairs, 2018).
17 Joseph S. Nye Jr, Soft power: The means to success in world politics, (New York: PublicAffairs, 2004).
18 Steven Johnson, "The political education of Silicon Valley." Wired 26, no. 8 (2018): 64-73.

impulsor del capitalismo digital. La idea de Marx de que el desarrollo tecnológico podría permitir superar los efectos perversos del capitalismo solo se cumple si la correlación de fuerzas lo permite. La ideología consumista y ese deseo aspiracional hacia posiciones de clase media reduce la fraternidad, debilita la libertad y aleja una igualdad que no sea precisamente eso, aspiracional. Con motivo de la pandemia no se llenaron ni las iglesias ni las bibliotecas: se llenó Netflix.

La legislatura del presidente Donald Trump ha dado lugar a un cuestionamiento abierto de la hegemonía cultural de Silicon Valley, con un primer debate en el seno del Congreso estadounidense sobre el poder monopolista de sus empresas más representativas (y que cobraría su máximo apogeo en el choque entre Trump y Biden y sus diferentes apoyos en las elecciones presidenciales que terminaría ganando el favorito de Silicon Valley).[19] En el contexto de dicho debate, numerosos congresistas y académicos se han retrotraído a la denominada *Gilded Age*, la era de crecimiento económico basada en una serie de señores monopolistas -Robber Barons- y cárteles en control de la economía que hacían del liberal "American Dream" una melodía engañosa. Sin embargo, pese a este tímido debate, podemos afirmar que las bases de la política industrial estadounidense se mantienen intactas: defensa a ultranza del mercado capitalista, activismo en contra de cualquier tipo de regulación estatal -con la vigencia de una ley antimonopolio que tiene como finalidad última mantener los precios más bajos posibles para los consumidores-, así como el manifiesto desdén hacia marcos normativos de toda índole, ya sean laborales, relacionados con la privacidad de los usuarios o con los derechos humanos.

Paradójicamente, la integración en el capitalismo global de los Estados Unidos, caracterizado por la desregulación y la privatización de sus industrias, no deja en este momento otra alternativa a sus dirigentes que emplear toda la fuerza de la política comercial proteccionista para tratar de mantener la ventaja competitiva de las empresas californianas y asegurar que obtienen la mayores ganancias posibles en el proceso de competencia, otra reminiscencia con el mercantilismo decimonónico. La ofensiva reciente contra Huawei es una clara muestra de este hecho. Como planteó el Nobel Stiglitz en su idea, frente a los planteamientos de Estados Unidos toca decir: "haced como yo hago, no como digo que hay que hacer"

EL ZIGZAGUEANTE CAMINO DE ADAM SMITH EN PEKÍN

La traducción de la doctrina del economista liberal Adam Smith en Pekín Pekín (en expresión de Arrighi) se basa en una arquitectura política y económica que no tiene correlato en Occidente, ya que constituye una combinación de planificación, libre mercado e intervención estatal. Dicha arquitectura se sostiene en dos ejes fundamentales. Por un lado, el hecho de compartir un mismo sustrato ideológico entre las élites empresariales y políticas. Aunque a menudo se encuentra sometido a tensiones, existe un espacio de entendimiento entre los grandes organizadores de la economía china: los dirigentes del Partido Comunista Chino (PCCh) y los ejecutivos, o CEOs, de las principales empresas del país.

Por otro, la jefatura del PCCh ha establecido un sistema de gobernanza público-privado con los proveedores más fuertes del país que le ha granjeado una enorme red de infraestructuras comerciales, digitales y financieras en tan sólo unas décadas. Una silenciosa 'diplomacia del endeudamiento' que se expresa en todo su esplendor con la llamada iniciativa *Nueva Ruta de la Seda* para establecer un corredor entre Asia y Occidente, donde las condiciones de las inversiones, del intercambio y también las condiciones de regulación se imponen desde Guangzhou. En su componente digital, esta estrategia ha creado un mercado de vastas dimensiones para conectar a buena parte de los países no alineados con Washington a las infraestructuras de las firmas chinas.

19 Antitrust Investigation of the Rise and Use of Market Power Online and the Adequacy of Existing Antitrust Laws and Current Enforcement Level. https://judiciary.house.gov/issues/issue/?IssueID=14921

Dicha estrategia podría tener un talón de Aquiles, el cual los dirigentes estadounidenses están tratando de aprovechar de manera desesperada: si bien China se ha convertido en uno de los centros mundiales indispensables para la fabricación de maquinaria de alto componente tecnológico y la provisión de servicios digitales, una parte importante de las piezas que sustentan dicha producción son propiedad intelectual de empresas extranjeras. Se requieren, por tanto, más saltos adelante, donde podrán llegar los fusiles, pero, mientras tanto, las armas seguirán siendo los chips y los fondos de inversión.

Desde la Tercera Sesión Plenaria del XVIII Comité Central del PCCh en 2013, China ha estado tratando de cambiar esta realidad. Los planes de política industrial, destacando el 'Made in China 2025', tienen como objetivo actualizar el poder estructural del país mediante enormes inversiones públicas en áreas como la inteligencia artificial, la robótica avanzada y la creación de plataformas capaces de proveer soluciones de *smart city* -o ciudades inteligentes- en cualquier metrópoli del planeta. En suma, la adaptación del capitalismo digital de Pekín se caracteriza por una fuerte imbricación entre las grandes corporaciones privadas del país (Alibaba, Baidu, Tencent) y las políticas de planificación económica dictadas por el Partido Comunista. Al contrario de lo que se plantea desde las tribunas mediáticas occidentales, no puede hablarse de un control estatal de las poderosas empresas privadas chinas, sino, más bien, de una alineación de intereses no siempre exenta de conflicto: mientras las grandes corporaciones patrias consiguen competir en el contexto global gracias a la escala conseguida en el mercado interno, el Estado se asegura medios de coerción digitales y una influencia cultural, política y económica decisiva en el mundo. El enorme laboratorio de la COVID-19 ha ido en esa dirección.

El enorme crecimiento económico y la consolidación en el terreno geopolítico se han conseguido a expensas de un régimen capitalista autoritario, dotado de la misma ideología solucionista, pero con un componente más punitivo, como muestra el establecimiento de los sistemas de control de la pandemia a través de sistemas sociales asentados en la vigilancia de la sociedad civil. Por ello, si bien las tecnologías de extracción de datos han sido una parte fundamental en el modelo capitalista de Silicon Valley, sus competidoras chinas no han encontrado ningún tipo de limitaciones jurídicas ni políticas -más bien al contrario, el apoyo pleno del Estado-partido- a la hora de implantar un régimen de gubernamentalidad algorítmico. Que, con enorme probabilidad, llegará a Occidente porque es funcional al metabolismo del capital. Y que se quedará, o no, en virtud, una vez más, de la correlación de fuerzas entre ese modelo y las propuestas alternativas.

Muestra de estas lógicas es el despliegue total de tecnologías de reconocimiento facial en las ciudades, fuertemente cuestionado en países occidentales, pero ampliamente utilizado en numerosos países de Asia para organizar la economía de mercado mediante métodos de coordinación social basados en el crédito social; un control que ha desembocado en la represión de poblaciones enteras, como es el caso de la Uigur.

UNIÓN EUROPEA, UNA REGIÓN ASIMÉTRICA QUE NO QUIERE SER APLASTADA

A diferencia del régimen libertario californiano, las antiguas potencias coloniales europeas abogan por una estructura de gobernanza donde las industrias más poderosas de los países miembros moldean el tradicional marco regulatorio ordoliberal –capitalismo social de mercado- de las instituciones europeas según consideren necesario para asegurar la competitividad en el mercado global.[20] De este modo se ha conformado lo que en la jerga

20 Jacques Crémer, Yves-Alexandre de Montjoye, and Heike Schweitzer. "Competition policy for the digital era." Report for the European Commission (2019).

de Bruselas se denomina *Digital Single Market,*[21] en alusión al famoso y fallido plan que inició el expresidente de la Comisión Jacque Delors en los años noventa (*Single Market*) para unificar el mercado europeo.[22] Sin abandonar la fe ciega en los mercados libres y en la competencia, característica de sus padres fundadores, el modelo de la Unión Europea plantea una narrativa respetuosa con los derechos individuales de los consumidores y otros derechos colectivos. ¿Vencerá la narrativa al metabolismo capitalista? Antes de la pandemia, el teletrabajo era una apuesta mirada con recelos por el sindicalismo. La COVID-19 es, sobre todo, un acelerador de tendencias.

En este sentido, la Comisión Europea se ha colocado a la vanguardia en lo que a la regulación liberal de la economía digital se refiere mediante instrumentos legales para garantizar la privacidad de los consumidores -véase estándares como el Reglamento General de Protección de Datos (RGPD)-, o a partir de una agenda económica focalizada en la regulación de las empresas tecnológicas estadounidenses a través de intervenciones en el ámbito de la competencia (de nuevo, con la soberanía del consumidor como base) y la fiscalidad. Estas intervenciones políticas creen que realmente existe un Fin de la Historia (à la Fukuyama), que el capitalismo global funciona y ofrece prosperidad siempre y cuando se afiancen los derechos de propiedad individuales a los datos y se imponga la noción del consumidor soberana. Esta es una mentalidad tecnocrática y neoliberal. El mismo optimismo que acompañó a la desregulación del primero momento de la globalización neoliberal en los 70s y 80s.

Además, cabe mencionar que ello ha tenido como consecuencia una fuerte respuesta política por parte de los Estados Unidos, que ha establecido sanciones sobre algunos de los bienes y servicios más importantes producidos por los países miembros. Y por otra, una plétora de amenazas (no sólo desde la Casa Blanca, sino desde *think tanks* de distinta orientación) con el objetivo final de vincular la política industrial europea a los intereses de Washington. A la vista de lo sucedido, se podría decir que, si Obama buscaba una salida dialogada con la Unión Europea -principalmente a través de Alemania y Francia-[23] para recuperar la influencia perdida en un mundo que pivota hacia Asia -lo que se materializó en acuerdos comerciales como el TTIP-, Trump no ha tenido miedo alguno en imponer por la fuerza aquello que había costado tantas horas de negociación y diplomacia. La victoria de Biden, aupado por los intereses de Silicon Valley, abre una nueva etapa que, sin embargo, no se va a librar de los rasgos que le son propios al capitalismo desatado con el que inauguramos el siglo.

Ante la presión de las industrias nacionales alemanas y francesas para hacer avanzar sus intereses en la economía digital -con perjuicios para los países del sur- frente a la ofensiva proteccionista de Trump[24] y a la apertura envolvente de Xi Jinping, el eje compuesto por Angela Merkel y Emmanuel Macron impulsó una novedosa campaña -más fundamentada en la retórica que en los hechos- para impulsar la soberanía digital europea a través de la creación de empresas competitivas en los nuevos mercados, de políticas de innovación de distinto cuño y de reglas acordes con las necesidades de las industrias más avanzadas tecnológicamente.[25] La experiencia del Brexit supuso, sin duda, una severa advertencia a

21 Mirela Marcut, Crystalizing the EU digital policy: an exploration into the digital single market. Springer, 2017.
22 Neil Fligstein, and Iona Mara-Drita, "How to make a market: Reflections on the attempt to create a single market in the European Union," American journal of sociology 102, no. 1 (1996): 1-33.
23 Andreas Sandre, Digital diplomacy: Conversations on innovation in foreign policy, (Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 2015).
24 Doug Palmer and Mark Scott, "Trump's latest trade war: French champagne vs. Google taxes," POLITICO, 2 de Diciembre, 2019,
https://www.politico.com/news/2019/12/02/trump-trade-french-champagne-google-taxes-074859
25 Luciano Floridi, "The fight for digital sovereignty: What it is, and why it matters, especially for the EU." Philosophy & Technology 33, no. 3 (2020): 369-378.

los responsables políticos europeos de lo que significa perder la soberanía tecnológica. Aunque las contradicciones están llenas de inercias. De otra manera, la Unión Europea habría apostado por la defensa de Juian Assange y su demostración de los viejos comportamientos, con nuevos instrumentos, desarrollados por Estados Unidos y sus marionetas.

En definitiva, desde Bruselas trata de imponerse una idea que nos retrotrae a escenarios pasados: el fomento de una mayor competencia traerá consigo el florecimiento de gigantes europeos. [26] Sin embargo, esta estrategia entraña varios problemas. En primer lugar, llega una década tarde con respecto a las potencias que, con un proceso de producción ya reorganizado, se han consolidado en posiciones irrevocablemente dominantes. En segundo lugar, ha sido precisamente la enorme competencia en el mercado capitalista global la que ha dejado a las principales empresas alemanas y francesas en una posición de desventaja. La tendencia natural de este proceso de competencia, en un contexto de crisis e inestabilidad económica creciente, ha desencadenado un fuerte conflicto intraempresarial en el seno de la Unión Europea.

En estas condiciones, la reacción de las firmas ha sido embarcarse en fusiones entre enormes conglomerados y en la compra o adquisición de otras empresas para concentrar los medios de producción, mantener las tasas de ganancia altas en tiempos convulsos y eliminar a competidores más pequeños de manera directa o indirecta. Como ejemplo de esto último, durante la primera mitad del año 2018 se anunciaron fusiones empresariales por casi tres billones de dólares debido a los temores sobre las crecientes ambiciones de Silicon Valley en casi todos los mercados existentes. Cuatro de los diez acuerdos más importantes de fusión o adquisición se llevaron a cabo como respuesta a la intensa competencia de las firmas tecnológicas. De hecho, esta no es baladí. Tras la intensificación de la crisis desatada por la pandemia del coronavirus, las empresas Alphabet, Amazon, Apple, Facebook y Microsoft habían anunciado hasta 19 acuerdos de compra a fecha de 26 de mayo.

De todo ello se deriva una realidad: las leyes motrices del capitalismo, la búsqueda incondicional de rentabilidad por parte de las firmas y la competencia salvaje entre todos los actores de este sistema (especialmente, entre las naciones), han colocado a la Unión Europea en una seria encrucijada; en una situación en la que, para asegurar, incluso mejorar el bienestar de sus ciudadanos, necesita trascender los modelos basados en la confrontación empresarial. Dados los irrisorios presupuestos públicos de la mayoría de países, no existe política de innovación que pueda competir con las inversión en I+D de las principales empresas chinas y estadounidenses. Sólo las cinco empresas más poderosas de Silicon Valley gastan una cantidad anual cercana a los 52.000 millones de dólares. Si nos atenemos a la saturación y control de los mercados globales, tampoco es posible expulsar a dichas firmas. Sólo es posible establecer una zona económica autónoma y orientada hacia el sur, con un desarrollo económico similar y con quien no sólo le une la cultura sino la necesidad de evitar la colonización tecnológica. Además, la capitalización de las ayudas en forma de recompra de acciones –que hace subir su valor- como una metodología repetida en el capitalismo financiarizado no ayuda a avanzar en una dirección virtuosa. El mismo Estado que desembridó la globalización, es el que puede trazar marcos regulatorios que no traduzcan los esfuerzos colectivos en ganancias individuales en eso que se conoce como “el 1%”.

ESPAÑA, LA SUBALTERNIDAD DEL SUR

Dicha encrucijada se manifiesta con una intensidad aún mayor en España, quien debido a

26 Jacques Crémer, Yves-Alexandre de Montjoye, and Heike Schweitzer. “Competition policy for the digital era.” Report for the European Commission (2019).

una economía digital absolutamente subdesarrollada requiere de la transferencia constante de tecnologías extranjeras, lo cual se agudiza debido a la carencia de un plan industrial ambicioso. La función que desempeña este país se entremezclan con las características de las colonias, mano de obra barata en el sector servicios, y las de las bacanales turísticas -dos dimensiones que, además, tienden a retroalimentarse. Este modelo productivo, orientado a sobrevivir en la economía global soportando los costes sociales del superávit comercial de otros países de la Eurozona, se ha mostrado literalmente letal durante los meses de confinamiento, disparando el desempleo, la exclusión social, paralizando los sectores clave la economía y, prácticamente, la política. Además de demostrar los problemas vinculados a la ausencia de soberanía industrial y tecnológica.

Por otro lado, las empresas principales de las industrias estratégicas de la ecúmene ibérica, en cuyo accionariado se pueden encontrar poderosos fondos de inversión extranjeros que influyen decisivamente en las finanzas del país, comienzan a ser vistas en el mapa mundial como activos económicos que podrían, con cierta probabilidad, ser adquiridas por otras empresas, como las alemanas. Las incipientes empresas de la economía digital, como aquellas que compiten en el terreno de la ciberseguridad, no escapan tampoco a este tipo de riesgos corporativos.

De este modo, desde hace algunos años se ha comenzado a trazar un simulacro de política de competencia *made in Spain* para la economía digital. Dicha política adolece de la falta de un Estado y de un gobierno que ejerzan liderazgo para establecer y afianzar la soberanía tecnológica del país, un problema que demuestra un problema que es secular y permanece como una herida no cerrada.[27] Conscientes de este hecho, y también de que la competición en el mercado es un hecho real y de suma cero (unas firmas sobreviven, otras pierden y terminan en bancarrota), las líneas dictadas desde las grandes empresas españolas han girado en torno a tres ejes principales. En primer lugar, acercarse a las corporaciones chinas, especialmente a Huawei, para operar la infraestructura digital básica a un coste menor. En segundo lugar, forjar alianzas con Silicon Valley a fin de convertirse en proveedores de servicios de big data, inteligencia artificial y computación en la nube. En tercer lugar, presionar de manera kafkiana para renovar las leyes antimonopolio y lograr, en el mejor de los casos, convertirse en proveedores monopolistas de los medios de acceso a las infraestructuras estadounidenses; y en el peor, como ocurre en el caso de los grandes bancos, dotar de efectivos a start-ups de tecnología financiera (*fintech*) para tratar de desarrollar su propia versión digital del capitalismo financiero.

Buena parte de estos movimientos comenzaron a tener lugar tiempo antes de que se hiciera tan evidente que la confrontación entre China y Estados Unidos tendrá un único ganador, en lugar de un acuerdo pacífico entre ambos. Por eso, los preceptos sobre los que las grandes empresas diseñaron su estrategia de negocio han quedado obsoletos. Sólo puedo escoger entre servir de embajadores para el control de los mercados españoles de las empresas extranjeras. El mero hecho de que las empresas principales de telecomunicación se desprendan de todas las participaciones en centros de datos, cables oceánicos o antenas, cuando son un activo fundamental para la soberanía digital de un país, para confiar las infraestructuras para el siglo XXI de Silicon Valley es una muestra de este hecho. De este modo, un derecho para la era digital básica como el que podría ser el acceso gratuito a computación en la nube, pasará a convertirse en un servicio por el que los gigantes patrios proveen a las pequeñas y medianas empresas españolas que puedan pagar por ello. El plan de Google en colaboración con el Ejecutivo para digitalizar las pymes camina en esa dirección, a saber, la opuesta a una política industrial que asegure

27 David Pretel and Patricio Sáiz. "Patent agents in the European periphery: Spain (1826–1902)." History of Technology 31 (2012): 97-114; Miguel Buesa Blanco and José Molero Zayas, Innovación industrial y dependencia tecnológica de España, (Madrid: Eudema universidad, 1989).

la propiedad de los medios de producción modernos. En último término, esto se traducirá en el mejor de los casos en empleos precarios en industrias productivas adyacentes, fruto de asumir la condición de periferia digital global.

EL DESPERTAR DE LA POLÍTICA INDUSTRIAL, ¿O DE LA PLANIFICACIÓN ECONÓMICA?

Ninguna alternativa podrá tener lugar hasta que la ciudadanía y sus líderes despierten del sueño tecnológico en el que se han visto inducidos. El fuerte componente estético y cultural que se encuentra presente en el diseño de las tecnologías digitales ha provocado una suerte de "fetichismo tecnológico"[28] entre la clase política, transmitido asimismo hacia la opinión pública. La imagen hábilmente construida por las empresas tecnológicas tiende a esconder un modelo de explotación capitalista que no solo mantiene las estructuras de dominación clasista,[29] racista y patriarcal,[30] sino que las multiplica a la par que las invisibiliza. A su vez, ello ha dado lugar a un vacío en el debate público, un silencio que se refuerza, por una parte, gracias al enorme poder que tienen las compañías tecnológicas a la hora de acceder tanto a la información como al conocimiento, y por otra, a la dependencia que los medios de comunicación han cultivado de sus plataformas y algoritmos para capear la crisis de su modelo de negocio.

Este problema de debilidad en el proceso de competición, o explotación y alienación en el ámbito productivo, son resultado de la hegemonía cultural de Silicon Valley, lo cual se ve subrayado cuando buena parte de los movimientos antisistémicos utilizan las propias plataformas estadounidenses para desbloquear las fuerzas revolucionarias escondidas en la sociedad. La cultura del capitalismo tardío se muestra en todo su esplendor al comprobarse cómo las protestas quedan subsumidas en las lógicas del mercado, sin que surja ninguna iniciativa a nivel estatal para abordar una agenda de autonomía digital, la cual va mucho más allá del software libre o, mejor dicho, sólo puede comenzar con su estandarización todo en el territorio. Algo que, contra los presupuestos de Holloway de "cambiar el mundo sin tomar el poder", reclama palancas institucionales, y principalmente la del Estado, que permitan encarar objetivos tan descomunales (lo que no quita, sino todo lo contrario, la participación de ese Estado que tiene que desbordarse a sí mismo, con toda la economía del "procumún", horizontal y que incorpore otras lógicas y no solo la del beneficio).

Si bien estas conclusiones pueden resultar suficientemente preocupantes, no podemos evitar añadir que todas las leyes motrices propias de las finanzas que perpetúa el discurso idealista sobre la digitalización han quedado amplificadas durante la crisis de la pandemia Covid-19.[31] La reacción instintiva más palpable del sistema se ha manifestado en su carácter autoritario, y en su tendencia natural hacia la dominación interseccional sobre categorías como raza, clase o género. Pensemos en algunos ejemplos relacionados con el ámbito del trabajo y, en estrecha relación a éste, como el ataque prolongado del neoliberalismo al estado de bienestar de la clase obrera. Al respecto del primero de los casos, el confinamiento ha consolidado la tendencia hacia una suerte de 'taylorismo digital', donde la organización de los procesos productivos se asienta en la vigilancia en el espacio de trabajo. Gracias a la concentración de los medios de producción, como es el caso de la nube y Microsoft, los empleadores han aprovechado esta situación de excepción -una

28 Alf Hornborg, "Technology as fetish: Marx, Latour, and the cultural foundations of capitalism." Theory, Culture & Society 31, no. 4 (2014): 119-140.
29 Stephen J. Pitti, The Devil in Silicon Valley: Northern California, Race, and Mexican Americans, (Princeton: Princeton University Press, 2018).
30 Safiya Umoja Noble, Algorithms of oppression: How search engines reinforce racism, (New York: NYU Press, 2018).
31 Naomi Klein, "Screen New Deal: Under cover of mass death, Andrew Cuomo calls in the billionaires to build a high-tech dystopia." The Intercept, 9 de Mayo, 2020.

suerte de Estado de Alarma Laboral- para contratar y despedir a los trabajadores como mejor forma de favorece a sus objetivos de aumentar la tasa de ganancia, sin renunciar, en algunos casos, a hacer uso de la fuerza bruta. La extensión e intensificación de los tiempos de trabajo de las clases más desfavorecidas, la monitorización de la productividad mediante dispositivos digitales son solo algunos ejemplos. Aunque, por supuesto, nada de ello ha resultado suficiente para superar las enormes pérdidas empresariales. De la misma forma, la enseñanza, que no estaba preparada para el salto digital, ha entregado buena parte de sus contenidos a las grandes plataformas, de manera que podemos estar ante un retroceso de décadas en la orientación de la escuela hacia conocimientos y valores no meramente instrumentales dentro de la lógica neoliberal.

Por este motivo, no debe extrañar el desplazamiento de la función del Estado durante este periodo excepcional que promete ser prolongado: asegurar ingresos suficientes a una determinada población para evitar posibles revueltas tras las consecuencias de la epidemia, cuya gravedad evoluciona con el nivel de pobreza de los barrios de las ciudades españolas. Los ERTES, una necesaria actuación pública para salvaguardar empresas y puestos de trabajo, no es sino una nacionalización de los salarios. Que han coincidido en el tiempo con exigencias de la patronal para reducir los impuestos que permitían que se nacionalizaran los impuestos que ellos no pagaban. Una prueba más de que el metabolismo del capital no atiende ni a principios morales ni a peticiones voluntaristas.

Al mismo tiempo, debido a que el neoliberalismo es una ideología con implicaciones prácticas reales, la destrucción de los ámbitos sociales del Estado mediante la introducción de las lógicas del mercado -con una innegable colaboración estatal- parece ser una prioridad en toda crisis. La digitalización en la Sanidad, como hemos señalado, y en la Educación merece apartado propio. A primera vista, estas empresas “solo” exigen acceder a los datos privados de millones de personas. No cuesta imaginar un un futuro no muy lejano, las herramientas de las empresas privadas sean el único medio de acceso a los servicios públicos, en el que se reproducen las desigualdades de ingresos, las jerarquías sociales y los sesgos de clase, género y raza. Las grandes empresas regirán la economía mundial sin obviar el ritual y cínico cántico a la meritocracia y a la libre empresa. Este sistema no se limita a un único ámbito económico ni tampoco político. Como modelo de producción capitalista, no ha venido a sustituir a los anteriores, sino a resignificarlos. Desde sus orígenes en el software, este ha extendido ya sus dominios en ámbitos como la logística (Amazon) el transporte (Uber) o la vigilancia y seguridad (Palantir), constituyendo un nuevo modo de consumo y de civilización, con la capacidad de sobrevivir, crecer y multiplicarse en ambientes políticos tan diferentes como el chino, el norteamericano o el europeo.

La tarea de construir alternativas al capitalismo digital no es sencilla. Pero si una conclusión se deriva, esta es que el presente se encuentra abierto a la acción política. No obstante, la hazaña de testar los límites e incluso trascender el sistema debe derivarse de una observación sobria y atenta de las lógicas que guía el capitalismo, así como de las distintas estrategias que los estados más poderosos llevan a cabo. Una idea proveniente del ecologismo es relevante: no se trata de una llamada apocalíptica al “todo o nada”, sino que es tiempo, en aras de la posibilidad real de producir cambios, de señalar las “transiciones” hacia un modelo tecnológico alternativo.

La capacidad de actuación quedará reducida a una especie de dialéctica entre diferentes nodos: desarrollar tecnologías alternativas y soberanas, que desborden a las que han sido diseñadas para encaminar a los sujetos hacia el mercado (todo ello, gracias al apoyo prolongado del Estado); la alianza entre distintos estratos sociales que comparten los mismos intereses (inteligencia técnica, base social y proletariado digital); y por último la cooperación con actores internacionales que comparten las mismas necesidades materiales

que el sur de Europa, o más concretamente España. No obstante, debe señalarse desde el principio, esta sintonía sólo será posible mediante la adopción de lógicas distintas a las capitalistas. ¿No es lo que está ocurriendo con las vacunas de la COVID-19 un ejemplo claro de todo esto? ¿No es cierto que sin la inversión pública no habría vacuna?¿No es cierto que el acceso a la misma no puede estar dictado por el mercado? ¿No queda claro que tiene que se el Estado –o el ámbito público- quien dictamine la efectividad de la misma?¿No son los Estados los que articulan las colaboraciones entre diferentes vacunas?¿No hace falta una infraestructura que es pública para poder vacunar a la población? ¿No corresponde a los poderes públicos hacer entender –no obligar- de las bondades de la vacunación? Y sin embargo, la publicidad de los laboratorios, que es la condición de sus beneficios en bolsa, insiste constantemente en la dirección contraria.

Los máximos exponentes del capitalismo neoliberal no dejan capacidad para operar dentro del sistema. Una política industrial estatista adecuada al siglo XXI y sus retos es la única alternativa. La planificación democrática de las infraestructuras de datos y el cuestionamiento de las relaciones de propiedad sobre las que se asienta la economía digital deberán ocupar el centro de los debates contemporáneos. Lo público estatal y lo público no estatal –la economía de los comunes- son elementos esenciales para domeñar el monstruo del sistema. Una fase que tiene en los medios digitales la capacidad de construir un capitalismo global tecnologizado, sujeto a la permanente amenaza de la guerra, lleno de supersticiones –tecnológicas y también reaccionarias-, que abre nuevas brechas que ahondan en las existentes y que pueden penetrar en las preferencias ciudadanas con la misma retórica engañosa que el oscurantismo de la Edad Media.

INSTITUTO 25M DEMOCRACIA

AUTORES
EKAITZ CANCELA Y AITOR JIMÉNEZ